

Espíritu y comunidad en Pablo

Teología bíblica

Parece que la Pneumatología está llamada a ocupar el lugar que le corresponde en el actual progreso de la teología. Quizá pueda sostenerse que la Pneumatología ha seguido las fases evolutivas de las verdades dogmáticas. En efecto, después de proclamar la Iglesia la divinidad de Cristo en su primer concilio ecuménico de Nicea, del 325, pasa a la confesión del Espíritu Santo, en múltiples concilios a partir del Constantinopolitano I, del 381. Este nivel de la explicitación de la fe de la Iglesia en el Espíritu Santo, en relación con el Padre y el Hijo, parece estar calcado sobre el de la revelación divina; ésta también nos habla del Padre a través del Hijo para culminar en el Espíritu Santo. Este proceso en la desvelación de este misterio obedeció quizá a la necesidad de explicitar bien, ante todo, la Cristología para remontarse de ahí, después, a la Pneumatología. Con todo, es tal la relación que una tiene con la otra que no es posible disociarlas en modo alguno. Esto no quita, sin embargo, el que el acento recaiga sobre un aspecto con preferencia a otro, en el estudio de la teología.

No es de maravillar, pues, el que sea preciso cultivar terrenos, que habían quedado baldíos por circunstancias muy peculiares. Parece que la Pneumatología reclama ahora una atención especial de los estudiosos. Por nuestra parte, deseáramos proyectar alguna luz sobre la relación que Pablo establece entre el Espíritu Santo y la comunidad cristiana. Para ello, atenderemos al concepto del Apóstol sobre el Espíritu en sus diversas expresiones. De esta manera nos situaremos sobre el camino que conduce al descubrimiento de las relaciones del Espíritu Santo con la comunidad cristiana.

EL ESPIRITU SANTO Y LA RESURRECCION DE CRISTO

No es posible describir las relaciones entre el Espíritu Santo y la nueva comunidad mesiánica, presentada por Pablo, fuera del marco de la resurrección de Cristo. En efecto, Pablo contempla a Jesucristo glorificado por obra del Espíritu Santo, como cumplimiento de todas las profecías acerca de los nuevos tiempos mesiánicos. En éstos se dará una efusión tal del Espíritu de Dios, que se sentirán todos transidos de una nueva vida¹. Pero ésta empieza con la victoria de Cristo sobre el pecado y la muerte por la resurrección. Aquí se abre la nueva era mesiánica del Espíritu de santidad frente a la del dominio del pecado. Así, confesará el Apóstol que Jesucristo está «constituido Hijo de Dios en poder, según el Espíritu de santidad desde la resurrección de los muertos» (Rom 1,4). F. X. Durrwell dirá acerca de este texto que la «entronización de Cristo en su estado de poder... se efectúa según las exigencias del 'pneuma de santidad' que designa en Cristo el principio que contrasta con la carne (Ro 1,3s.) ... toda santidad que eleva al hombre por encima de la naturaleza carnal es participación suya»². Cristo, pues, ha pasado del estado de humillación al del poderío de Dios. Pablo se complace en contraponer la situación del Cristo terrestre a la del Cristo resucitado. *Sarx* y *espiritu* polarizan en la entrada de Jesucristo en la gloria del Padre. Naturalmente que no piensa Pablo en ninguna clase de oposición entre el Cristo de antes y el de después de la resurrección. El acento de cambio recae únicamente en que Cristo se hace transmisor del Espíritu, a partir de su resurrección, a la comunidad de los elegidos. Ahí radica este poder de comunicar la vida del Espíritu de que está investido el Resucitado³. Ya que Dios ha

¹ La palabra «pneuma» es plurifacética en Pablo. Así lo han puesto de manifiesto: F. PUZO, *Significado de la palabra «pneuma» en Pablo*, Estudios Bíblicos, 1 (1942) 437-460; F. AMIOT, *L'enseignement de Saint Paul*, Rome 1967, pp. 132-133: Desde el sentido de la *rûh* del A.T., pasando por el de fuerza divina, hasta designar al mismo Espíritu de Dios, se registra el largo camino que recorre Pablo.

² F. X. DURRWELL, *La resurrección de Jesús, misterio de salvación*, Barcelona 1965, p. 115.

³ Según S. LYONNET, «Epístola a los Romanos», en *Biblia de Jerusalén*, Bilbao 1967, pp. 1510-1511: «El Espíritu Santo es el que ha vuelto a Cristo a la vida, Rom 8,11, constituyéndole en su estado glorioso de 'Kyrios', Rom 14,9... Es decir, Dios ha resucitado a Jesús de entre los muertos... para ofrecer en él la vida a todos los que crean en él.»

resucitado a Jesús de entre los muertos para darnos por él la vida del Espíritu ⁴.

Si seguimos el hilo de oro, por el que enhebra su pensamiento el Apóstol, hallaremos que Cristo irradia, por su resurrección, el Espíritu Santo para la comunidad de los elegidos. Pues «si el Espíritu de Aquel que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros, Aquel que resucitó a Cristo Jesús de entre los muertos dará también la vida a vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que habita en vosotros» (Rom 8,11). La participación del mismo Espíritu de Jesús es la característica que define la relación de Cristo con la comunidad establecida por él. Para el Apóstol, la inhabitación del Espíritu Santo en los cristianos constituye la nueva relación entre éstos y Aquél.

Ahora bien, esta relación es de carácter personal. No hace falta decir que no pretendemos hacer aquí ninguna impostación de categorías actuales al mensaje paulino sobre la fisonomía personal de tal relación. Pues la justificación del Espíritu es la que priva en dicha relación, a tenor de la afirmación de Pablo acerca de «Cristo manifestado en la carne y justificado en el Espíritu» (1 Tim 3,16) ⁵. De ahí que Dios obró nuestra salvación «no por las obras de justicia que hubiésemos hecho nosotros, sino según su misericordia... y por la renovación del Espíritu Santo, que él derramó abundantemente sobre nosotros por medio de Jesucristo» (Tit 3,5-6). Dirá a este respecto N. Brox ⁶ que «la expresión 'derramar el Espíritu, es una metáfora, tomada del Antiguo Testamento, que connota la abundancia del don que se concede de un modo permanente a la comunidad cristiana. Esta, pues, se rige por la nueva ley del Espíritu de Dios, que la libera de la ley del pecado y de la muerte (Rom 8,2)». De ahí arrancan las nuevas relaciones entre el Espíritu y la comunidad cristiana.

⁴ Rom 6,8-11; 2 Cor 4,13s.; Ef 1,19s.; Col 2,12; 1 Tes 4,14.

⁵ K. STAAB-N. BROX, *Cartas a los Tesalonicenses. Cartas de la cautividad. Cartas pastorales*, Barcelona 1974, p. 511, sostiene que «justificado en espíritu» se refiere al sentido del término, atestiguado por Dibelius-Conzelmann, a su exaltación al mundo sobrenatural, considerado como el campo del espíritu de Dios. Este concepto de la exaltación de Cristo lleva a pensar en Rom 1,4; Fil 2,9.

⁶ K. STAAB-N. BROX, *o.c.*, p. 729.

RELACIONES ENTRE EL ESPIRITU Y LA COMUNIDAD CRISTIANA

Conforme iba avanzando la revelación divina, en el Antiguo Testamento, se estrechaban también cada vez más las relaciones entre el Espíritu de Dios y su pueblo. Pues bien, al parecer, la teología paulina sobre el Espíritu se inscribe en este cuadro concreto; aunque alarga indeciblemente las líneas trazadas por el Antiguo Testamento. Adivinan ya las primeras páginas de la Biblia la fuerza del Espíritu, como el dador de la vida al mundo, pasando luego a la elección de la comunidad de Israel, transida del mismo Espíritu de Yahvé, hasta la formación espiritual de la comunidad de los elegidos, el resto de Israel. Este debía prefigurar, como una profecía en acción, la comunidad de los hijos de Dios. Por eso, las relaciones entre el Espíritu y la comunidad cristiana cristalizan sobre todo en la elección de ésta por Dios. Aquí empiezan a definirse los rasgos peculiares de la Pneumatología paulina en continuidad y en superación a la vez con respecto a la del Antiguo Testamento. Afirmará Pablo: «Dios os ha escogido desde el principio para la salvación mediante la acción santificadora del Espíritu y la fe en la verdad» (2 Tes 2,13). La elección se retrotrae aquí al principio de la creación, evocando, al parecer, al Espíritu de Dios que estaba presente entre su pueblo para santificarlo. Aquella promesa se hizo realidad viva en dicha elección. Pues todo lo anterior no era sino prefiguración y tipificación de esta verdad futura⁷. Pablo habla, en más de una ocasión, de la elección. «Bien sabéis, hermanos amados de Dios, que él os ha elegido... con poder del Espíritu Santo» (1 Tes 1,4-5). La idea de la elección está asociada, en el Apóstol, a la comunidad y al Espíritu Santo. Pero como algo permanente y definitivo frente a las elecciones del Antiguo Testamento, que no eran sino simples jalones que señalaban la elección última. «Para que se mantuviera la libertad de la elección divina, dirá Pablo, que depende no de las obras, sino del que llama» (Rom 9,11-12). La firmeza de esta

⁷ R. SCHNACKENBURG, *La Iglesia en el Nuevo Testamento*, Madrid 1961, página 19, vers. del alemán, afirmará que «la efusión del Espíritu y su importancia para la vida de la Iglesia aparecerán como realidades que ella siempre reconoció». G. AUZOU, *La force de l'Esprit. Etude du livre des Juges*, París 1966, p. 109, sostendrá desde la perspectiva veterotestamentaria que lejos de haber ruptura entre el Antiguo y el Nuevo Testamento, por lo que al espíritu se refiere, hay, por el contrario, la continuidad más admirable. W. KASPER, *Espíritu, Cristo, Iglesia: Concilium especial sobre la Experiencia del Espíritu* (1974), 30-47.

elección es tal que se enraiza en Dios mismo. De ahí la referencia al cumplimiento hecho a los Padres, objeto de una promesa futura, ya que «en cuanto a la elección fueron amados, en atención a sus padres. Que los dones y la vocación de Dios son irrevocables» (Rom 11,28-29).

CARACTERÍSTICAS

Las propiedades de la elección divina de la comunidad pertenecen a la esfera estrictamente espiritual. Se indica con eso la especificidad de las relaciones del Espíritu Santo con la comunidad cristiana. «Sois una carta de Cristo, dirá Pablo, redactada por ministerio nuestro, no con tinta, sino con el Espíritu de Dios vivo ... en las tablas de carne del corazón» (2 Cor. 3,3). Parece hacerse suyas las palabras de Jeremías cuando dice: «pondré mi ley en su interior y sobre sus corazones la escribiré» (Jer 31,33). El profeta revela la dirección que toma la iniciativa de Dios al imprimir su ley en el interior de su pueblo. Pero Pablo sustituye la ley por el Espíritu. En este sentido, deja muy atrás la línea profética de la ley espiritual; pues habla del mismo Espíritu de Dios, que signa a sus elegidos como cosa propia. Así, la elección se torna predilección divina⁸.

La elección, pues, en cuanto es revelación del amor de Dios al hombre, reporta para éste el gran don del Espíritu Santo. Pero la posesión del Espíritu Santo, por parte de la comunidad, no puede concebirse en la línea cósmica; ya que perdería entonces la comunidad su sentido de relación con el Espíritu Santo. El aspecto espiritual de dicha relación desemboca precisamente en la unión íntima entre el Espíritu Santo y la comunidad cristiana. Pablo llegará a decir «también vosotros ... fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la Promesa» (Ef 1,13). Esta alienta de tal manera la esperanza de la primera comunidad de Israel, que su vida está tensa —teológicamente hablando— hasta la plena posesión del Espíritu de Dios. Pues la señal del sello de la elección, como cum-

⁸ Según R. SCHNACKENBURG, *La Iglesia en el Nuevo Testamento*, Madrid 1965, p. 82, «del mismo modo que Jesús significa el tiempo del cumplimiento de las profecías mesiánicas, promulgadas en Israel en la primera época de la Historia de la salvación, también el tiempo de la Iglesia presenta un momento de consumación: La efusión del Espíritu en Pentecostés es el acontecimiento escatológico, preconizado por el profeta Joel (Hch 2,16-21)».

plimiento de lo prometido, equivale a darnos su mismo Espíritu (2 Cor 1,22)⁹. De ahí la siguiente cuestión: ¿Cómo ha de concebirse la posesión del Espíritu Santo? Se halla en la línea del don gratuito de Dios al hombre. «Dios os hace don de su Espíritu Santo», dirá Pablo (1 Tes 4,8). Pero con un matiz escatológico, a tenor de la alusión que hace él mismo al cumplimiento de la profecía de Ezequiel: «Infundiré mi espíritu en vosotros y viviréis» (Ez 37,14). Pablo personifica la comunidad, al decir: «nosotros que poseemos las primicias del Espíritu, gemimos en nuestro interior, anhelando el rescate de nuestro cuerpo» (Rom 8,23). De esta manera manifiesta él la proyección escatológica de la comunidad cristiana, transida del Espíritu Santo. Previve ella su último fin en la posesión presente del Espíritu de Dios.

DIMENSIÓN ESCATOLÓGICA DE LA COMUNIDAD CRISTIANA

La relación, pues, entre la comunidad cristiana y el Espíritu Santo tiene una dimensión escatológica. Aquí también Pablo quiere alargar las líneas del Antiguo Testamento acerca del futuro de la comunidad de Israel. Especialmente, porque no siempre tuvo el pueblo de Dios conciencia clara de su relación estrecha con el Espíritu Santo. Su percepción fue fruto de una lenta gestación. Al principio, sólo aparecen tenues rasgos, que luego van adquiriendo perfiles más acabados, hasta darnos una imagen completa. En general, los varones elegidos por Yahvé tipifican, en sus personas, la relación de amistad entre Dios y su pueblo. Ya que el Espíritu, de que se sienten animados, les impulsa a vincular a Israel con Yahvé. Los nombres de Moisés, Josué, Saúl y David están asociados al Espíritu Santo. Este les confiere la misión especial de estrechar los lazos espirituales entre Dios y el Israel elegido. Sobre todo, cuando el profetismo postexílico concibe la *rûah* de Yahvé como fuerza moral, en la vertiente de la bondad de la persona que la posee; no sin una apertura de carácter mesiánico-escatológica. Pero aquí las descripciones proféticas sobre comunidad escatológica y espíritu se confunden en el horizonte de una era futura, que sucederá a la de la comunidad de Israel¹⁰.

⁹ Agustín interpreta el texto dentro de la vertiente comunitario-eclesial, en donde se da cita el poder del Espíritu: *Enchir.* 65: PL 40, 262.

¹⁰ Así parecen entreverlo los profetas más relevantes, tales como Isaías 4,4-6; 32,15-20; 44,3s.; Ez 37,1-14; Zac 12,10-14; 13,1-6; 36,26. Véase J. B. BAUER, «Espíritu», en *Diccionario de teología bíblica*, Barcelona 1967,

Sobre este cuadro veterotestamentario edifica Pablo su Pneumatología, referida a la comunidad escatológica. En efecto, Pablo alude a este futuro maravilloso (1 Cor 1,20s.; Is 32,18-23), en el que el Espíritu de Dios se hará de tal manera presente en la comunidad, que cambiará su misma fisonomía. Pero Pablo parte no sólo de la esperanza escatológica de la comunidad de Israel, sino lo que es mucho más, proclama la experiencia intensa de la primitiva comunidad cristiana. Según R. Schnackenburg, «la Iglesia primitiva se conoce como la comunidad salvífica escatológica de Dios, porque el Mesías prometido se ha manifestado en Jesús de Nazareth, ha sido elevado por Dios a su diestra y ha sido enviado a su Iglesia el Espíritu Santo»¹¹. La dimensión escatológica, pues, de la primitiva comunidad cristiana está en estrecha relación con el Espíritu Santo. Es inexcusable el preguntarnos aquí en qué estriba la originalidad de la Pneumatología paulina.

¿ORIGINALIDAD DE LA PNEUMATOLOGÍA DE PABLO?

En el estudio de la trilogía: Espíritu, comunidad y escatología emerge, obviamente, la siguiente cuestión: ¿depende Pablo de la teología del Qumran? Para responder a este problema es necesario tener presente qué concepto tenía la comunidad del Qumran acerca del Espíritu. Es innegable la convicción de la comunidad qumránica del don del Espíritu otorgado a ella. Pero lo que es más, aún estaba persuadida de que ella era la destinataria de este don escatológico¹². Aunque no se pueden desconocer las influencias que Qumran ejerció sobre la Pneumatología paulina, con todo, hay diferencias no irrelevantes entre ambas pneumatologías con

col. 340-345; TH. MAERTENS, *Le soufle et l'esprit de Dieu: Evangile*, 14 (1954) 9-49; P. VAN IMSCHOOT, *L'action de l'esprit de Yahvé dans l'AT: Rev. Scienc. Phil. Theol.*, 23 (1934) 553-587; *Id.*, *L'esprit de Yahvé et l'alliance nouvelle dans l'A.T.: Eph. Theol. Lovan.*, 22 (1936) 201-226; B. W. MILLER, *The Holy Spirit. What the Bible Teaches about Him: «Bible outline studies»*, 1950; R. KOCH, *Geist und Mesias. Beitrag zur biblische Theologie des AT*, Viena 1950; *Id.*, *Der Gottesgeist und der Messias: Biblica*, 27 (1946) 241-268; S. VERGES, *Jalones para una teología de la liberación*, Bilbao 1972, p. 42 s.

¹¹ R. SCHNACKENBURG, *La Iglesia en el Nuevo Testamento*, Madrid 1964, página 143, vers. del alemán.

¹² 1 QS IV, 20s., referido por R. SCHNACKENBURG, *o.c.*, p. 149. También J. SALGUERO, «El dualismo qumránico y S. Pablo», en *Studiorum Paulinorum Congressus Internationalis Catholicus 1961*, II (Analecta Biblica 18), Roma 1963, p. 557.

relación a sus respectivas comunidades¹³. En efecto, el distintivo peculiar de la Pneumatología paulina parece cifrarse en la misión del Espíritu Santo a la comunidad cristiana a raíz de la resurrección de Cristo¹⁴. Pero quizá lo más original de la Pneumatología de Pablo radique en la nueva relación personal entre el Espíritu Santo y la comunidad cristiana. Pues esta intimidad es de tal manera privativa de la teología de Pablo, que no sólo es desconocida del Antiguo Testamento, sino también de las comunidades aún más promocionadas —espiritualmente hablando— como las del Qumran.

RELACIÓN PERSONAL DEL ESPÍRITU SANTO CON LA COMUNIDAD CRISTIANA

Diversos son los matices que constituyen las relaciones personales del Espíritu Santo con la comunidad. Naturalmente que todos ellos tienen un carácter de futuro, que se confunde con el presente. Así, la primera cualidad que las preside es la de la configuración de la persona con Dios. De ahí que la renovación interior del hombre por la acción del Espíritu sea quizá lo más relevante. Por eso, aludirá Pablo al eje fundamental de su Pneumatología al decir: «Habéis sido justificados en el nombre del Señor Jesucristo y en el Espíritu de nuestro Dios» (1 Cor 6,11). Advirtamos que la relación de la comunidad con Cristo se corresponde

¹³ 1 QS III, 6s., referido por R. SCHNACKENBURG, *o.c.*, p. 149, al que somos deudores; F. NÖTSCHER, *Geist und Geister in den Texten von Qumran: Mélanges bibl. rédigés en l'honneur de A. Robert*, Paris 1957, páginas 305-315; *Id.*, *Revue de Qumran*, 2 (1960) 333-334.

¹⁴ Bastaría comparar 2 Cor 6,16 con 1 QS VIII, 5s., según afirma R. SCHNACKENBURG, *o.c.*, p. 151; R. KOCH, *L'aspect eschatologie de l'Esprit du Seigneur d'après Saint Paul*, en *Studiorum Paulinorum Congressus Internationalis Catholicus 1961*, I (Analecta Biblica 17), Roma 1963, 131-141; P. BONNARD, *L'Esprit Saint et l'Église selon le Nouveau Testament*: RHPH, 37 (1957) 81-90; P. DACQUINO, *Lo Spirito Santo e il cristiano secondo S. Paolo*, en *Studiorum Paulinorum Congressus Internationalis Catholicus 1961*, I (Analecta Biblica 17), Roma 1963, 119-129; K. KERTELGE, *Heiliger Geist und Geisterfahrung im Urchristentum: Lebendiges Zeugnis*, 2 (1971) 24-36; E. SCHWEIZER, *Der Heilige Geist im NT*: *Reformatio*, 3 (1954) 195-209; C.-H. DESROCHES, *L'Esprit-Saint: principe communautaire selon saint Paul*: *Vie Spirituelle*, 75 (1946) 476-492; H. SAAKE, *Pneumatologia Paulina. Zur Katholizität der Problematik des Charisma*: *Catholica*, 26 (1972) 212-223; A. LAMINSKI, *Der Heilige Geist als Geist Christi und Geist der Gläubigen*, Leipzig 1970; J. BLIGH, *The Church and Israel according to St. John and St. Paul*, en *o.c.* (Analecta Biblica 17) 151-156; D. W. MARTÍN, «*Spirit*» in the Second Chapter of First Corinthians: *Catholic Biblical Quarterly*, 5 (1943) 381-395.

con la de la misma comunidad con el Espíritu. Es decir, el sentido cristocéntrico de la justificación personal se entrecruza con el pneumatológico, como la doble cara de la misma realidad. Ya que «Dios nuestro Salvador ... nos salvó ... mediante ... la regeneración del Espíritu Santo que derramó abundantemente sobre nosotros por Jesucristo» (Tit 3,4-7). La nueva relación, pues, entre el Espíritu y la comunidad es de tipo personal, como la que ésta mantiene con Cristo y, a través de él, con el Padre. Por eso, el hombre queda trasferido a la esfera de Dios, en donde establece el diálogo con la Trinidad. De otro lado, la relación entre el Espíritu y Cristo es tan íntima, según la mente de Pablo, que «el que no tiene el Espíritu de Cristo no le pertenece» (Rom 8,9). Aun sin referirse el Apóstol explícitamente a la persona del Espíritu Santo, alude inequívocamente a su acción sobre el hombre, ya que éste, según él, «no puede decir ¡Jesús es Señor! sino por influjo del Espíritu Santo» (1 Cor 12,3). De ahí, pues, que la relación del Espíritu Santo con la comunidad en tanto lleva la impronta de lo personal, en cuanto tiene una función transformadora de la misma. Es decir, se establece una nueva manera de ser de la comunidad respecto al Espíritu de Dios.

RELACIÓN PERSONAL DEL ESPÍRITU CON LA COMUNIDAD EN LA LÍNEA DE SU RENOVACIÓN INTERIOR

La transformación interior, tema preferido de los profetas, es retomada por Pablo para darle una nueva impostación, de acuerdo al tiempo del Espíritu. Por eso, Pablo dirá, siguiendo la trayectoria de la revelación profética acerca del Espíritu renovador de Israel: «la verdadera circuncisión es la del corazón, según el espíritu y no según la letra» (Rom 2,29). El Apóstol se distancia de la concepción de Ezequiel 44,7-9 cuando habla de un «corazón incircunciso» y de una «carne no circuncidada». Es cierto que el profeta consigue poner de relieve la diferencia que media entre Israel y los demás pueblos. Pero su diapason no le da mayor tonalidad que la de la circuncisión: Israel está consagrado a Yahvé por la circuncisión frente a los demás pueblos incircuncisos. En cambio, la Pneumatología paulina registra un tono muy superior respecto al paleotestamentario al afirmar que la circuncisión de la carne carece de significado alguno; ya que sólo cuenta la circuncisión interior del corazón. En la Carta a los Filipenses 3,3

confesará abiertamente el Apóstol: «Nosotros somos los verdaderos circuncisos, los que damos culto según el Espíritu de Dios y nos gloriamos en Cristo Jesús sin poner nuestra confianza en la carne» (Flp 3,3). Así, da a entender Pablo que la comunidad cristiana está en relación personal con el Espíritu de Dios, por la transformación radical operada en ella. Pertenece a un orden distinto del Israel elegido, por tener cumplimiento en ella las divinas promesas¹⁵.

Pues bien, en este contexto se comprende por qué Pablo diga que nosotros «seguimos una conducta, no según la carne, sino según el espíritu» (Rom 8,4). La comunidad cristiana conforma su conducta a las exigencias del Espíritu de Dios, participado por ella. «No hemos recibido el espíritu del mundo, dirá Pablo, sino el Espíritu que viene de Dios» (1 Cor 2,12)¹⁶. En efecto, «las tendencias de la carne son muerte; mas las del espíritu, vida y paz» (Rom 8,6). Pues la comunidad cristiana entra a participar en el Reino de Dios, que «no es comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo» (Rom 14,17). A través de esta antítesis consigue Pablo poner de manifiesto la diferencia entre la comunidad de antes y la de ahora, anclada en el Espíritu de vida. Aquí no cuenta la descendencia de la carne, sino la ley del Espíritu. Así, la participación en la vida divina está en relación directa con la actitud que toma la comunidad, según la amonestación del Apóstol: «Si vivís según la carne, moriréis. Pero si con el Espíritu hacéis morir las obras del cuerpo, viviréis» (Rom 8,13)¹⁷. Esta nueva manera de ser, pues, de la comunidad cristiana, debida a su transformación interior, le confiere una fisonomía también totalmente nueva.

¹⁵ Cf. K. KERTELGE, *Carta a los Romanos*, Barcelona 1973 (vers. del alemán, *Der Brief an die Römer*, Düsseldorf 1971), p. 61; F. AMIOT, *L'enseignement de Saint Paul*, París 1968, p. 132s.; S. LYONNET, *La Storia della salvezza nella lettera ai Romani*, Napoli 1966, p. 134s.; Y. CONGAR, *Actualité renouvelée du Saint-Esprit*: *Lumen Vitae*, 27 (1972) 543-560.

¹⁶ S. LYONNET, sostendrá que «el Espíritu Santo mucho más que simple 'maestro interior', es el principio de una vida propiamente divina, Gál 2,20»: *Epístola a los Romanos*, en *Biblia de Jerusalén*, Bilbao 1967, p. 1521; D. COFFEY, *The Gift of the Holy Spirit: Ir. Theol. Quart.*, 38 (1971) 202-223.

¹⁷ La oposición antagónica entre carne y espíritu, como dos esferas opuestas, es uno de los temas constantes de la Pneumatología paulina: Gál 5,16-17; Gál 4,29. Texto, que comenta Agustín, en la línea de la oposición radical entre uno y otro: *De lib. arb.*, III 18,51; PL 32,1295; *De Civ. Dei*, XIII 13; PL 41,386; *De corr. et grat.*, 11,29; PL 44,933-934. Agustín atribuye además la creación del hombre nuevo al Espíritu Santo: *Ep.* 179,4; PL 33,775.

COMUNIDAD PNEUMÁTICA

Característico de la Pneumatología de Pablo es la relación íntima de la comunidad cristiana, en cuanto tal, con el Espíritu Santo. Denominamos así a la comunidad que está no sólo regida por el Espíritu, sino también constituida por el mismo Espíritu Santo. Pues bien, las relaciones entre la comunidad y el Espíritu Santo reciben diversas comparaciones, en la pluma de Pablo: tales como la del templo y la del cuerpo. «En un solo Espíritu hemos sido todos bautizados, para no formar más que un cuerpo... y todos hemos bebido de un solo Espíritu» (1 Cor 12,13). Es muy familiar a Pablo la idea del templo, asociada a la presencia del Espíritu Santo y a la de la comunidad, especialmente en su segunda Carta a los de Corinto. Pero la cuestión central que emerge aquí es la siguiente: ¿Será Pablo deudor de las ideas esenias acerca de la comunidad, designada bajo el símbolo del templo? No hay que ocultar que no faltan en el Qumran expresiones que pudieran muy bien evocar la idea del templo referido al Espíritu en conexión con la comunidad. Sobre todo cuando se habla de que le ha sido otorgado el Espíritu a la comunidad para «expiar la culpa y la caída pecaminosa»¹⁸. Con todo, no acusa nada parecido respecto a la idea del templo, en el que inhabita el Espíritu Santo; en particular, si tenemos presente que, según R. Schnackenburg, «la comunidad cristiana está transida del Espíritu del Dios escatológico (1 Cor 3,16s.), tanto como cada uno de sus miembros (1 Cor 6,19)»¹⁹.

Así, el templo significa la presencia íntima del Espíritu en la comunidad. Dicha presencia del Espíritu Santo es la prolongación de la de Cristo, una vez éste ha pasado a la gloria del Padre. Jesucristo está estrechamente compenetrado con su Iglesia a través de su mismo Espíritu. De manera que la difusión del Reino de Dios y el crecimiento del Cuerpo de Cristo hasta su plenitud, están en relación directa con el templo-comunidad cristiana (Ef 4,11-16). Parece que Pablo tiene su fuente de inspiración, al hablar del Es-

¹⁸ 1 QS IX,3s., citado por R. SCHNACKENBURG, *o.c.*, p. 150. También J. SALGUERO, *El dualismo qumránico y S. Pablo*: *Analecta Bíblica*, 17-18 (1963) vol. 2, p. 557.

¹⁹ R. SCHNACKENBURG, *La Iglesia en el Nuevo Testamento*, Madrid 1963, página 150, vers. del alemán; E. BARDY, *Le Saint-Esprit en nous et dans l'Eglise d'après le Nouveau Testament*, Albi 1950, p. 140s.; A. JAUBERT, *L'image de la colonne*, en *o.c.* (*Analecta Bíblica*, 18) 101-108, en esp. página 103; H. MÜHLEN, *Der Beginn einer neuen Epoche der Geschichte des Glaubens*: *Theologie und Glaube* 64 (1974) 28-45.

píritu Santo referido a la comunidad cristiana, en la pneumatología veterotestamentaria. En efecto, el Exodo y la época postexílica parecen hacerse presente en su pensamiento, cuando describe a Israel, como el gran templo, en donde Yahvé cita a sus elegidos. Con todo, esta revelación del Antiguo Testamento dista mucho de la del Nuevo Testamento, con respecto al Espíritu, presente en la comunidad cristiana. Pues si bien queda acentuada la línea de la trascendencia de Dios, la de la inmanencia se halla aún en la penumbra²⁰.

Por eso, la construcción total del templo de Dios es la edificación de la comunidad cristiana como el Cuerpo de Cristo. Por lo demás, estas imágenes están de tal manera asociadas unas a las otras, que se complementan mutuamente. Así ocurre con la comunidad descrita bajo el ropaje del pueblo de Dios y el de la Esposa de Cristo. Estos símbolos nos dan —desde diversos ángulos de vista— el perfil acabado de la comunidad cristiana, transida del Espíritu de Cristo. Pues si el Cuerpo de Cristo expresa la unidad interna de los miembros de Cristo, por obra del Espíritu; y el templo connota la inhabitación de Dios en medio del mundo, el pueblo de Israel prefigura la comunidad cristiana, peregrina hacia el Reino escatológico, como Esposa de Cristo²¹. De eso se desprende cómo realiza la comunidad cristiana las promesas de la alianza de Dios con la comunidad. Pues el eje fundamental, que atraviesa las diversas imágenes, es la alianza del amor de Dios a la comunidad cristiana. Pero esta relación de la alianza se manifiesta especialmente en la configuración de la comunidad cristiana con la Trinidad.

²⁰ Cf. Y. M. CONGAR, *El misterio del templo. Economía de la presencia de Dios en su criatura, del Génesis al Apocalipsis*, Barcelona 1964, pp. 177 y 182; P. BONNARD, *L'Esprit Saint et l'Eglise selon le Nouveau Testament: Revue d'Histoire et de philosophie religieuses*, 37 (1957) 81-90, dentro de la línea de la Iglesia evangélica, sostiene la estrecha relación entre Espíritu y comunidad; D. MOLLAT, *L'expérience de l'Esprit Saint selon le Nouveau Testament*, París 1973, pp. 22-41.

²¹ Puede verse A. CORTICELLI, *La dottrina del Corpo mistico nelle enarrationes in psalmos di S. Agostino*, Romae 1967, p. 22; Y.M. CONGAR, *Actualité renouvelé du Saint-Esprit: Lumen Vitae*, 27 (1972) 543-560; G. MARTELET, *D'une définition de l'Esprit Saint à travers la génération multiforme du Christ: Lumen Vitae*, 27 (1967) 585-606; KEVIN-DOROTHY-RANAGHAN, *Le retour de l'Esprit. Le Pentecôtisme catholique aux Etats-Unis*, París 1972; L. PEYROT, *Le Saint-Esprit et le prochain retrouvé*, Genève 1974, páginas 70s.; R. SCHNACKENBURG, *La Iglesia en el Nuevo Testamento*, Madrid 1965, p. 197, sostiene que ninguna imagen del Nuevo Testamento agota, por sí sola, toda la riqueza de las relaciones de la comunidad cristiana con el Espíritu Santo; S. VERGÉS, *La Iglesia, esposa de Cristo*, Barcelona 1969, p. 94.

RELACIÓN DE LA COMUNIDAD CRISTIANA CON LA TRINIDAD DE DIOS

La unión de la comunidad cristiana con el Espíritu Santo le reporta a aquélla la participación de la gracia de Cristo y del amor del Padre. Es decir, es el Espíritu Santo el que sitúa a la comunidad cristiana en la esfera de la Trinidad. Pues dentro de la comunidad «hay diversidad de carismas, pero el Espíritu es el mismo; diversidad de ministerios, pero el Señor es el mismo; diversidad de operaciones, pero es el mismo Dios que obra todo en todos. A cada cual se le otorga la manifestación del Espíritu para provecho común ... todas estas cosas las obra un mismo y único Espíritu, distribuyéndolas a cada uno en particular según su voluntad» (1 Cor 12,4-11). Los diversos carismas, que el Espíritu distribuye a los miembros de la comunidad cristiana, denotan la riqueza plurifacética de la unidad del amor divino. Por ellos, se edifica el Cuerpo de Cristo, como el Templo de Dios en medio de su pueblo elegido con una alianza eterna. Expresa Pablo, a través de esto, que es el Espíritu el que unifica todas las partes entre sí en el amor a Cristo. Pero la cuestión central se inscribe en las relaciones que el Espíritu Santo establece entre la comunidad cristiana y la Trinidad. En efecto, Dios nos ha revelado su amor al darnos su mismo Espíritu (Rom 5,5), por quien tenemos acceso a la intimidad del Padre con el Hijo²². Por eso, la relación personal del hombre con Dios comporta —en el plan actual de Dios— su participación en la filiación divina.

EL ESPÍRITU SANTO Y LA FILIACIÓN DIVINA

La obra redentora de Jesús culmina en nuestra adopción divina. Pablo dirá a los romanos: «No recibisteis un espíritu de esclavos para recaer en el temor; antes bien recibisteis un espíritu de

²² Cf. S. LYONNET, *Epístola a los romanos*, en *Biblia de Jerusalén*, Bilbao 1967, p. 1516, afirma acerca de este texto que «el Espíritu Santo de la promesa, Ef 1,13; Gál 3,14, que caracteriza la nueva alianza en oposición a la antigua, Rom 2,29; 7,6; 2 Cor 3,6, no es solamente una manifestación exterior de poder taumatúrgico y carismático; es sobre todo un principio interior de vida nueva que Dios da, 1 Tes 4,8. AGUSTÍN, comenta también este pasaje de la siguiente manera: «caritas Dei diffunditur in cordibus nostris, non per arbitrium liberum quod surgit ex nobis, sed per Spiritum Sanctum, qui datus est nobis (Rom 5,5)»: *De Sp. et litt.*, 3,5: PL 44,203; *De corr. et gr.*, 15,47: PL 44,945; *De Civ. Dei*, XII 9,2: PL 43, 357.

hijos adoptivos, que nos hace exclamar: ¡Abbá, Padre! » (Rom 8,15). Solamente en el Espíritu, que nos ha comunicado Cristo, podemos invocar a Dios con la palabra ¡Padre! conforme al sentido del Nuevo Testamento. Esta intimidad entre Dios y el hombre no se daba antes de que Cristo nos dispensara el mismo Espíritu del Padre. Pues únicamente el Espíritu de Dios nos hace sintonizar con los sentimientos de amor filial que Cristo profesaba al Padre. Ningún profeta se atrevió jamás a describir las relaciones entre el pueblo de Israel y Yahvé con la intimidad que caracterizó la oración de Jesús. La comunicación del Espíritu Santo, pues, tiene como objetivo el situarnos en la esfera del mismo Dios. En este sentido, «el Espíritu mismo se une a nuestro espíritu para dar testimonio de que somos hijos de Dios» (Rom 8,16)²³. Es preciso advertir cómo Pablo distingue entre nuestro espíritu y el Espíritu, a la vez que describe la obra de Este en aquél. Es la cercanía de Dios al hombre, para hacerle consciente de que ha sido hecho hijo de Dios.

Ahora bien, para comprender la mente de Pablo sobre el particular es necesario tener en cuenta que él mismo afirma en Gálatas 4,6: «La prueba de que sois hijos es que Dios ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama ¡Abbá, Padre!» (Gál 4,6)²⁴. Si, pues, el Padre es la fuente original de nuestra salvación y el Hijo es nuestro Redentor, el Espíritu Santo es el Principio de nuestra filiación adoptiva. De ahí que podemos preguntarnos: ¿Somos hijos del Padre en el Hijo, o hijos mediante el Espíritu Santo? Es decir, ¿de quién nos viene nuestra filiación adoptiva? Ante todo, hemos de decir que el planteamiento de esta cuestión sólo es justificable dentro del categorial humano, pues la obra soteriológica de Dios no admite tales bisecciones. En efecto, según la divina revelación, Dios se nos da a Sí mismo en don al hacernos partícipes del mismo Espíritu del Hijo. Somos, pues, hijos del Padre, en el Hijo, porque Cristo vive en nosotros, y somos hijos por el Espíritu Santo, por ser precisamente el Espí-

²³ Cf. K. KERTELGE, *Carta a los romanos*, Barcelona 1973, p. 147, designa con el apelativo de «nuevas» las relaciones de la comunidad cristiana con Dios, por la filiación divina. F. BOURASSA, *Personne et conscience en théologie trinitaire*: *Gregorianum*, 55 (1974) 471-493.

²⁴ Sobre Gál 4,6 pueden consultarse A. DUPREZ, *Note sur le rôle de l'Esprit-Saint dans la filiation du chrétien. A propos de Gál 4,6*: *Recherch. de Scienc. Relig.*, 52 (1964) 421-431. Este sostiene que la filiación divina es la configuración más total con Cristo, operada por el Espíritu del Hijo.

ritu Santo quien nos hace vivir la misma vida del Hijo, que es la vida de los hijos de Dios²⁵.

Parece, sin embargo, que el nudo central del problema está en la relación entre la filiación adoptiva y el don del Espíritu Santo. S. Lyonnet lo formula en los siguientes términos al comentar la perícopa de Gálatas 4,6: «¿Es el don del Espíritu Santo causa final de la filiación adoptiva, o más bien, aquél tiene como fin a ésta? No admitiendo el sentido causal de la partícula 'oti' de Gálatas 4,6, 'porque sois hijos', que tal vez influenciados por la versión de la Vulgata le hemos dado, e insistiendo en el sentido elíptico que tiene aquí en Pablo, parece que puede sostenerse que es el don del Espíritu Santo el que constituye nuestra filiación adoptiva²⁶.

El descenso, pues, del Hijo de Dios al mundo para revelarnos el rostro del Padre, en calidad de hijos suyos culmina en la presencia del Espíritu Santo en la comunidad cristiana. Así ésta entra en una relación totalmente nueva con Dios, que hace de ella una irradiación de las mismas relaciones de amor que hay entre el Padre y el Hijo, en el Espíritu Santo. Pues la comunión de amor que tiene el Padre con el Hijo, en el Espíritu Santo, se reproduce en el interior de la comunidad cristiana. Esta, en tanto tiene sentido y cohesión interna, en cuanto está inmersa en la comunidad trinitaria de Dios, por obra del Espíritu Santo. Por eso, Pablo asocia el término de comunión al Espíritu: «Os pido por él, por el estímulo del vivir en Cristo, por el consuelo del amor, por la comunión en el Espíritu ... con un mismo amor, un mismo Espíritu» (Flp 2,1; 2 Cor 13,13).

²⁵ Cf. S. ZEDDA, *L'adozione a figli di Dio e lo Spirito Santo*, Roma 1952, p. 192, p. 153; S. VERGÉS, *El rostro de Dios*, Bilbao 1972, p. 123; L. CERFAUX, *Le chrétien dans la théologie paulinienne*, París 1962, p. 320; W. MARCHEL, *Abba, Père! La prière du Christ et des chrétiens* (Analecta Biblica 19), Roma 1963, 214s.; E. BARDY, *Le Saint-Sprit en nous et dans l'Eglise d'après le N.T.*, Albi 1950, pp. 180 y 184; M. A. CHEVALLIER, *Esprit de Dieu, paroles d'hommes*, París 1966, p. 65s.

²⁶ Cf. S. LYONNET, *Exegesis epitulae ad Romanos*, Romae 1967, pp. 215-218; M.-E. BOISMARD, *Constitué Fils de Dieu (Rom 1,4)*: Rev. Bibl., 60 (1953) 5-17; F. AMIOL, *L'enseignement de Saint Paul*, París 1968, p. 319; G. BAVAUD, *Note sur la mission du Saint-Esprit*: Freib. Zeitschr. Philos. Theol., 19 (1972) 120-126; S. VERGÉS-J. M. DALMÁU, *Dios revelado por Cristo*, Madrid 1969, p. 139; D. COFFEY, *The Gift of the Holy Spirit*: Ir. Theol. Quart., 38 (1971) 202-223; K. ROMANIUK, *L'amour du père et du fils dans la sotériologie de Saint Paul* (Analecta Biblica 15), Roma 1961, p. 253s.; S. VERGÉS, *El rostro de Dios*, Bilbao 1972, p. 123s.; S. ZEDDA, *L'adozione a figli di Dio e lo Spirito Santo. Storia dell'interpretazione e teologia mistica di Gal 4,6* (Analecta Biblica 1), Roma 1952, 7-183; J. M. LAGRANGE, *St. Paul. Epître aux Galates*, París 1951, p. 104.

Es propia del Espíritu Santo la obra de la comunión más estrecha. Porque de la misma manera que el Espíritu Santo es el lazo de unión —para traducir en términos humanos realidades divinas— del Padre con el Hijo, así también opera en la comunidad cristiana la comunión entre sus miembros, para que su amor culmine en la unidad del Espíritu. Por ello, instará el Apóstol a la comunidad de los Efesios a que «pongan empeño en conservar la unidad del Espíritu con el vínculo de la paz» (Ef 4,3)²⁷. Por otra parte, parece claro que la comunidad cristiana debe colaborar en la obra del Espíritu para conseguir dicha unidad eclesial entre todos sus miembros. Es obvio que el Apóstol tiene presente la unidad de la gran 'ecclesia', que forman todas las comunidades al constituir el mismo Cuerpo de Cristo. Pues los diversos miembros están vivificados, porque están unidos por el mismo Espíritu de Jesucristo. Ahora bien, el Espíritu Santo une a la comunidad por el amor. Es decir, hace que el mismo amor divino reine entre los miembros de Cristo (Col 1,8)²⁸. Esta cuestión nos lleva necesariamente a otra estrechamente conexas con ella: ¿cuál es el fin de la filiación divina? Atraer la mirada del amor del Padre sobre la comunidad al descubrir en ella la imagen de su Hijo amado es el fin de la filiación divina. Efectivamente, Cristo vive en la comunidad cristiana por la acción del Espíritu, que le comunica la vida divina. Pues el Espíritu Santo imprime en el interior de la comunidad cristiana la imagen de Jesucristo, haciéndola una con El (Gál 3,26-28). Este es precisamente el fundamento de las relaciones personales de la comunidad cristiana con la Trinidad. Así, el Espíritu Santo es el que clama, en el interior de la comunidad cristiana y, en nombre de ella, al Padre. La comunidad cristiana, pues, participa de la autocomprensión y del auto-amor del mismo Dios, en su misterio trinitario. Este es el culmen de la configura-

²⁷ Dirán a este propósito K. STAAB-N. BROX, *Cartas a los Tesalonicenses. Cartas de la cautividad. Cartas pastorales*, Barcelona 1974, p. 215: «La comunidad debe mostrarse particularmente solícita de conservar la 'unidad del Espíritu', de ser como los primeros cristianos un solo corazón y una sola alma (Act 4,32). Tales sentimientos son obra del Espíritu de Dios.» P. BENOIT, *L'unité de l'Eglise selon l'épître aux Ephésiens*, en *o.c.* (Analecta Biblica 17), 57-77.

²⁸ Acerca de la unidad de la fe dentro del pluralismo de las diversas comunidades de que constaba el cristianismo primitivo escribe R. SCHNACKENBURG, *La Iglesia en el Nuevo Testamento*, Madrid 1964, p. ? ; que carece de fundamento bíblico el describir a las comunidades cristianas independientes unas de otras. Pues el Espíritu Santo, les daba cohesión en la unidad del amor. H. MÜHLEN, *L'Esprit dans l'Eglise*, París 1969, t. I, páginas 353s.

ción de la comunidad cristiana a la imagen del Unigénito de Dios, por obra del Espíritu Santo, como despliegue total del don de la filiación divina²⁹. Por eso, la comunidad cristiana tiene también una dimensión social, emanada de su relación personal con Dios-Trinidad.

DIMENSIÓN SOCIAL DE LA COMUNIDAD CRISTIANA

El servicio de la comunidad cristiana a los demás es su distintivo. En primer lugar, a los miembros de la misma comunidad, y luego a todo el mundo. El mismo Espíritu impulsa a la comunidad a tal fin. De ahí el objetivo de dicho servicio: La proclamación de la Buena Nueva de la salvación. «Dios nos capacitó, dirá Pablo, para ser ministros de una nueva alianza, no de la letra, sino del Espíritu. Pues la letra mata, mas el Espíritu da vida» (2 Cor 3,6). La alianza, pues, del Espíritu de Dios mueve a la comunidad al ministerio de la palabra, bajo diversas peculiaridades: «Porque a uno se le da por el Espíritu palabra de sabiduría; a otro, palabra de ciencia según el mismo Espíritu» (1 Cor 12,8)³⁰, para el servicio espiritual de los demás. Por eso, no dudará Pablo en advertirnos: «Ya que aspiráis a los dones espirituales, procurad abundar en ellos para la edificación » (1 Cor 14,12). Pablo tiene muy presente la edificación del Cuerpo místico de Cristo. De ahí que

²⁹ Cf. F. AMIOT, *Ideas maestras de San Pablo*, Salamanca 1963, pp. 167 v 173, según él, el cristiano se une a Cristo por el don del Espíritu. E. BARDY, *Le Saint-Esprit en nous et dans l'Eglise d'après le Nouveau Testament*, Albi 1950, p. 140; P. DACQUINO, *Lo Spirito Santo ed il cristiano secondo S. Paolo*, en o.c. (Analecta Biblica 17), 119-129; A. PUPREZ, *Note sur le rôle de l'Esprit-Saint dans la filiation du chrétien. A propos de Gal 4,6: Recherch. Scienc. Relig.*, 52 (1963) 232-243; K. ROMANIUK, *L'amour du père et du fils dans la sotériologie de Saint Paul* (Analecta Biblica 15), Roma 1961, 253s.; D. COFFEY, *The Gift of the Holy Spirit: Ir. Theol. Quart.*, 38 (1971) 202-223; A. LAMINSKI, *Der Heilige Geist als Geist Christi und Geist der Gläubigen*, Leipzig 1970; H. SAAKE, *Pneumatologia Paulina. Zur Katholizität der Problematik des Charisma: Catholica* 26 (1972) 212-223; J. LEBRETON, *Histoire du dogme de la Trinité, t. I. Les origines*, París 1927, página 422; L. CERFAUX, *Le Christ dans la théologie de Saint Paul*, París 1951, p. 216s.; Y. M. CONGAR, *Actualité renouvelée du Saint-Esprit: Lumen Vitae*, 27 (1972) 543-560; G. BAVAUD, *Note sur la mission du Saint-Esprit: Freib. Zeitschr. Philos. Theol.*, 19 (1972) 120-126; C.-H. DESROCHES, *L'Esprit-Saint, principe communautaire selon saint Paul: Vie Spirituelle*, 75 (1946) 476-492; J. SCHMID, *Geist und Leben bei Paulus: Geist und Leben*, 24 (1951) 419-429; G. MARTELET, *D'une définition de l'Esprit Saint à travers la génération multiforme du Christ: Lumen Vitae*, 27 (1972) 585-606.

³⁰ Texto citado por Agustín en este sentido: *De Trin.*, XII 15,22-23: PL 42, 1009.

todos los carismas eclesiales lleven inconfundiblemente esta impronta: el servicio a la comunidad cristiana. Pues «a cada uno se le otorga la manifestación del Espíritu para provecho común» (1 Cor 12,7). Y eso de tal manera que las normas dadas por el Apóstol van orientadas a encauzar los carismas del Espíritu al bien de todos (1 Cor 14,4; 14,13-19). El desarrollo, pues, de la vida de la comunidad cristiana, bajo la égida del Espíritu Santo, suscita inevitablemente la pregunta acerca de la personalidad divina del mismo Espíritu.

PERSONALIDAD DIVINA DEL ESPÍRITU SANTO, PRESENTE EN LA COMUNIDAD CRISTIANA

La cuestión que nos sale obviamente al paso es la siguiente: ¿De qué manera nos propone la revelación divina la personalidad divina del Espíritu Santo en relación con la comunidad? La Biblia sigue un proceso muy peculiar al describirnos la fisonomía divina del Espíritu Santo. La Escritura nos propone la personalidad divina del Espíritu Santo a través de lo que él obra en el interior de la comunidad cristiana. Naturalmente que la Escritura no utiliza categorías metafísicas para describir la imagen del Espíritu Santo. El elemento económico-salvífico preside toda su exposición doctrinal sobre el Espíritu. Por eso, Pablo parte de la realidad nueva en que se encuentra inmersa la comunidad cristiana. Así, plantea él de entrada una cuestión fundamental al preguntarles de manera incisiva: ¿Recibisteis el Espíritu por las obras de la ley o por la fe en la predicación? (Gál 3,2). Con este tema quedaba zanjada la diferencia abismal que mediaba entre la antigua ley y el Espíritu. De una manera enérgica proclama el Apóstol que ha terminado lo anterior para ceder el paso a la presencia del Espíritu Santo en medio de la comunidad cristiana. Esta no se registrará en lo sucesivo —como antes— por las obras de la ley, sino por el Espíritu Santo en la vida de la comunidad cristiana. Es un primer elemento de su fisonomía divina, contrastada con lo más venerable del Antiguo Testamento, cual era la ley³¹.

³¹ Cf. F. AMIOT, *L'enseignement de Saint Paul*, París 1967, pp. 136-137, estudia las relaciones del Espíritu en el aspecto de vida y amor. S. VERGÉS-J. M. DALMAU, *Dios revelado por Cristo*, Madrid 1969, pp. 136-146; X. DURRWELL, *La resurrección de Jesús, misterio de salvación*, Barcelona 1965, pp. 258s.; A. B. PEARSON, *The pneumatikos-psychikos Terminology in 1 Cor. A Study in the Theology of the Corinthians Opponents of Paul*

Pero a un nivel más profundo, la gran promesa acerca de la efusión del Espíritu, que vertebraba todo el Antiguo Testamento, tuvo su eclosión en la comunicación del mismo Espíritu a la comunidad cristiana. Por eso, la recepción del Espíritu de Jesús presupone la fe en dicho cumplimiento. «A fin de que ... por la fe recibiéramos el Espíritu de la Promesa» (Gál 3,14). Pablo interroga a la comunidad sobre su nueva situación por la presencia del Espíritu Santo en ella. «El que os otorga, pues, el Espíritu ... ¿lo hace porque observáis la ley o porque tenéis fe en la predicación?» (Gál 3,5). Da a entender él de una manera palmaria que la aceptación del Espíritu se hace a través de la fe. Ahí radica precisamente la estrecha relación entre comunidad y Espíritu. Los dos se hallan a manera de dos líneas intersectadas. Por eso, los primeros contornos de la imagen del Espíritu Santo se hallan en la dirección de la presencia del Espíritu en medio de la comunidad cristiana³².

Parece que puede sostenerse que Pablo describe el carácter divino-personal del Espíritu Santo en continuidad con el Antiguo Testamento, a la vez que en conformidad con la nueva revelación de Jesucristo. Así, aplicará al Espíritu Santo los símbolos de la luz y de la vida en relación con la comunidad cristiana. Es decir, a través de lo que el Espíritu obra en la comunidad cristiana, ascenderá Pablo a su íntimo ser personal.

EL ESPÍRITU SANTO, LUZ DE LA COMUNIDAD CRISTIANA

La atribución de la luz al Espíritu Santo impregna las mejores páginas de la Biblia. En general, la luz de la revelación se adscribe al Espíritu Santo. «Nos lo reveló Dios por medio del Espíritu»

and its Relation to Gnosticism: Harvard Theological Review, 61 (1968) 646s.; L. CERFAUX, *Le Christ dans la théologie de Saint Paul*, París 1951, p. 216s.; P. GALTIER, *Le Saint Esprit en nous d'après les Pères Grecs*, Roma 1946, p. 24s.: expone el pensamiento de los Padres griegos sobre el Espíritu Santo en los textos paulinos; E. BARDY, *Le Saint-Esprit en nous et dans l'Eglise d'après le Nouveau Testament*, Albi 1950, p. 161.

³² En este aspecto, el Espíritu Santo, por su obra en la comunidad cristiana, es el don específico de los tiempos nuevos; el signo inconfundible de los tiempos mesiánicos. Véase F. AMIOT, *L'enseignement de Saint Paul*, París 1968, p. 134; E. BARDY, *Le Saint-Esprit en nous et dans l'Eglise d'après le Nouveau Testament*, Albi 1950, p. 140s.; P. DACQUINO, *Lo Spirito Santo ed il cristiano secondo S. Paolo*, en *o.c.* (Analecta Biblica 17), 119-129; K. ROMANIUK, *L'amour du père et du fils dans la sotériologie de Saint Paul* (Analecta Biblica 15), Roma 1961, p. 253s.

(1 Cor 2,10). Ahora bien, si la luz que se adjudicaba a Yahvé en el Antiguo Testamento, llevaba el connotativo de su personalidad divina, una vez se anexa al Espíritu Santo, nos hallamos ante la misma temática, referida aquí al Espíritu inspirador de la palabra divina, consignada en las Escrituras. Además, esta luz revela lo que es el hombre nuevo creado según Cristo en santidad y verdad (1 Cor 2,11; 14-16). Por eso, fue enviado para completar la obra soteriológica de Cristo; abriendo el sentido de las Escrituras que hablan de él. En este aspecto, el Espíritu Santo es la auténtica Sabiduría divina, preconizada en el Antiguo Testamento (1 Cor 2,13), que ilumina los ojos interiores de la comunidad para que pueda percibir las cosas de Dios (Ef 1,17-20)³³. Pero el Espíritu Santo es descrito sobre todo como el principio interior de la vida de la comunidad cristiana.

EL ESPÍRITU SANTO Y LA VIDA DE LA COMUNIDAD CRISTIANA

La obra del Espíritu Santo en el interior de la comunidad cristiana se desenvuelve dentro de las coordenadas de la transformación de la misma. De esta manera «nos vamos transformando, dirá el Apóstol, en esta misma imagen cada vez más gloriosos, conforme a la acción del Señor, que es Espíritu» (2 Cor 3,18)³⁴. Pero esta transformación de la comunidad, por la intervención del Espíritu de vida, es el comienzo de la futura resurrección, según lo que dice el Apóstol: «Aquel que resucitó a Cristo Jesús de entre los muertos, dará también la vida a vuestros cuerpos mortales por su Espíritu, que habita en vosotros» (Rom 8,11). Al atribuir, pues, Pablo obras estrictamente divinas al Espíritu Santo le pone en pie de igualdad con el Padre y el Hijo; especialmente por lo que concierne a la gran obra de Cristo: la vivificación de la comunidad cristiana³⁵. Así, la dignidad divina de Cristo en la proclamación

³³ Cf. J. LEBRETON, *Histoire du dogme de la Trinité, t. I. Les origines*, París 1927, pp. 422-442; F. AMIOT, *L'enseignement de Saint Paul*, París 1968, p. 135; *Id.*, *Ideas maestras de San Pablo*, Salamanca 1963, p. 173; D. COFFEY, *The Gift of the Holy Spirit: Ir. Theol. Quart.*, 38 (1971) 202-223; A. LAMINSKI, *Der Heilige Geist als Geist Christi und Geist der Gläubigen*, Leipzig 1970.

³⁴ Dirá Agustín a propósito de este texto: «... in eadem imaginem transformamur de gloria in gloriam, tanquam a Domini Spiritu (2 Cor 3,18)»: *De Trin.*, XV 8,14: PL 42, 1067. Transformación que se opera por obra del Espíritu Santo, según él mismo: *De Trin.*, XV 8,15: PL 42, 1068.

³⁵ La misión del Espíritu Santo y nuestra filiación divina se hallan en la más estrecha conexión en Pablo. F. AMIOT, *L'enseignement de Saint Paul*,

de la Buena Nueva queda absolutamente equiparada con la del Espíritu Santo, al afirmar Pablo: «ciertamente si alguno viniere y os predicare un Cristo distinto del que os hemos predicado, o recibieseis otro Espíritu distinto del que habéis recibido...» (2 Cor 11,4). Lo mismo ocurre cuando pone Pablo en el mismo plano el poder del Espíritu y el poder de Dios (1 Cor 2,4). Sobre todo el Espíritu se halla en igualdad omnimoda con el Padre y el Hijo en las trilogías paulinas (1 Cor 12,4-11)³⁶. De modo que el Apóstol establece una equiparación entre el autoconocimiento exclusivo de Dios y el del Espíritu Santo. «Nadie conoce, dirá él, las cosas de Dios, sino el Espíritu que viene de Dios» (1 Cor 2,11); y «el Espíritu todo lo sondea, hasta las profundidades de Dios» (1 Cor 2,10)³⁷.

La manera de presentar, pues, la Escritura las relaciones del Espíritu Santo con la comunidad cristiana y, a través de ésta, con la comunidad divina, revela su personalidad divina.

CONCLUSIÓN

De manera progresiva hemos ido recorriendo las diversas facetas, que constituyen las relaciones entre el Espíritu Santo y la

París 1967, p. 136; R. SCHNACKENBURG, *La Iglesia en el Nuevo Testamento*, Madrid 1963, p. 150; P. DACQUINO, *Lo Spirito Santo ed il cristiano secondo S. Paolo*, en o.c., pp. 119-120; E. BARDY, *Le Saint-Esprit en nous et dans l'Eglise d'après le Nouveau Testament*, Albi 1950, p. 140s.; K. ROMANIUK, *L'amour du père et du fils dans la sotériologie de Saint Paul* (Analecta Biblica 15), Roma 1961, pp. 253s.; A. DUPREZ, *Note sur le rôle de l'Esprit-Saint dans la filiation du chrétien a propos de Gal 4,6*: *Recherch. Scienc. Relig.*, 52 (1964) 421-431.

³⁶ AGUSTÍN, *De dono pers.*, 23,64: PL 45, 1032, comentará a este propósito: «quid est, clamantem, nisi clamantem facientem»: *De dono pers.*, 23,64: PL 45, 1032.

³⁷ Cf. S. VERGÉS, *El rostro de Dios*, Bilbao 1972, p. 127s.; E. B. ALLO, *Première Epître aux Corinthiens*, París 1934, p. 34: distingue entre los textos bíblicos que se refieren al Espíritu Santo como Sujeto de atribuciones divinas, de los que aluden a El en su función de gracia y don. También K. H. SCHELKLE, *Herders theologischer Kommentar zum Neuen Testament*, vol. 13, Freiburg 1961, p. 24; C. SPICQ, *Vie morale et Trinité Sainte selon S. Paul*, París 1957, p. 57; *Id.*, *Dieu et l'homme selon le Nouveau Testament*, París 1961, pp. 158-177; T. D'YPERNON, *Le Mystère Primordial. La Trinité dans sa Vivante Image*, París 1946, pp. 17s.; C. K. BARRET, *The Holy Spirit and the Gospel Tradition*, London 1947, pp. 122-139; J. DONNELLY, *The Inhabitation of the Spirit*: *Theol. Stud.*, 8 (1947) 445-470; S. ZEDDA, *L'adozione a figli di Dio e lo Spirito Santo*, Roma 1952, pp. 182-183; F. ZORELL, *Lexicon graecum N.T.*, París 1961, col. 385; Y. M. CONGAR, *Actualité renouvelée du Saint-Esprit*: *Lumen Vitae*, 27 (1972) 543-560; R. B. HOYLE, *Paul's Doctrine of the Spirit*: *Biblical Review*, 2 (1928) 45-62.

comunidad cristiana. El concepto de Pablo sobre dichas relaciones nos ha dado la clave de interpretación de lo que es el Espíritu Santo para la comunidad cristiana. Ante todo, hemos descubierto que es imprescindible el relacionar la misión del Espíritu Santo con la resurrección de Cristo, como el despliegue último de la obra soteriológica del Redentor. Además, la prolongación de la presencia de Cristo por el envío del Espíritu Santo tiene su expresión más genuina en las relaciones personales de éste con la comunidad cristiana.

Sobresale, luego, en la Pneumatología paulina, la dimensión escatológica de la comunidad cristiana. Esa está abierta a una realidad superior. De las comparaciones entre el pneuma y la comunidad qumránica parece desprenderse la originalidad de la Pneumatología de Pablo. Especialmente por las grandes diferencias entre una y otra. Quizá lo más relevante sea la íntima relación de carácter personal entre el Espíritu Santo y la comunidad cristiana. Esta vive de tal modo inmersa en el Espíritu, que es él mismo su principio de vida. De ahí la renovación interior de la comunidad cristiana por la presencia santificadora del Espíritu Santo para conferirle la filiación divina.

De esta manera descubre el Apóstol la relación peculiar entre la comunidad cristiana, vivificada por el Espíritu, y la comunidad divina de la Trinidad. Las relaciones, pues, entre el Espíritu Santo y la comunidad cristiana se transportan a las que él tiene con el Padre y el Hijo. Aquí radica precisamente el significado profundo de las relaciones personales entre el Espíritu Santo y la comunidad cristiana, según la mente de Pablo. Así, la comunidad cristiana participa de la vida del mismo Dios, por obra de su Espíritu.

SALVADOR VERGÉS, S.J.

Facultad de Teología
San Cugat del Vallés
(Barcelona)